1. INTRODUCCIÓN A UNA HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

por CARL F. GRAUMANN

Introducción: ¿por qué estudiar la historia?

Los individuos, así como los grupos —desde las familias hasta las naciones pasando por las instituciones—, tienen su historia. Lo mismo ocurre con la ciencia y las disciplinas científicas. Llegar a conocer cualquiera de éstas no es cuestión sólo de averiguar las personas y los temas importantes del momento actual, sino también las personas y temas que fueron importantes en el pasado. En general, cuando se trata de grupos y sistemas sociales no llegaremos a comprender totalmente lo que sus integrantes hacen en la actualidad a menos que tengamos conocimiento acerca de lo que éstos (o sus predecesores) planearon previamente conseguir para su grupo de pertenencia. La acción social como conducta orientada hacia metas sólo puede explicarse si conocemos quién señaló la meta, cuándo y con qué propósito. Dado que la investigación social, incluida la psicosocial, es un caso especial de acción social, a saber, una empresa colectiva, tendríamos que tener algún conocimiento de la historia disciplinar si queremos comprender por qué los psicólogos sociales hacen lo que hacen y la forma en que lo hacen.¹

Lo que llamamos «historia» no es algo dado que pueda ser grabado y estudiado como otros hechos, físicos o sociales. La historia tiene que construirse. Los datos, cifras, personas y sucesos pueden venir dados. Pero cuáles tengamos que considerar y cómo hayan de ponderarse y relacionarse es un asunto de construcción y de intención (véase Graumann, 1983, 1987a). Aunque hablemos de historiografía, es decir, de la escritura de la historia, es importante señalar que esta escritura constituye más una construcción que una grabación.

Una cuestión importante, a la vez que razón plausible para construir la historia de una disciplina, puede ser la *identidad* de esa disciplina. ¿Cuál es, por ejemplo, la identidad de la psicología social? ¿Existe una definición? No hay acuerdo, pues ni el objeto de estudio, ni los métodos, teorías y modelos que se construyen ofrecen criterios fiables y válidos para una definición. Compartimos los tópicos con vecinas disciplinas sociales, conductuales o biológicas. Tendemos a tomar prestados los modelos de otras disciplinas y la mayoría de nuestros métodos pertenecen al arsenal común de las ciencias sociales y conductuales. De ahí que los tradi-

1. Aunque este interés por el pasado en atención al presente ha sido denominado orientación «presentista» hacia la historia, existe también un interés puramente histórico por el pasado por su interés intrínseco, por ejemplo, para averiguar qué problemas había en períodos anteriores y qué métodos y soluciones se conocían y se utilizaron entonces; ésta es la actitud «historicista» (Butterfield, 1963).

cionales criterios de teoría, método e investigación no distinguan claramente a la psicología social de otros campos. La distinción, no obstante, es un aspecto importante de la identidad. Además, resulta evidente la coexistencia de varias psicologías sociales diferentes. Al menos en lo que concierne a las dos principales variantes, esto es, la psicología social sociológica (PSS) y la psicología social psicológica (PSP), se ha analizado cómo existen sin que se presten mucha atención entre sí (Wilson y Schafer, 1978). La explicación de este cisma es tan sencilla como problemática. Los miembros de los dos grupos, por lo general, tienen diferentes currícula; estudian, enseñan y trabajan en diferentes departamentos; leen y escriben para diferentes manuales y revistas; tienen diferentes carreras; y pueden adherirse a diferentes visiones de la ciencia. Dado que esto ha sido así durante varias generaciones de psicólogos sociales, nos encontramos ahora con que los miembros de la PSS y de la PSP tienen diferentes historias, con diferentes «pioneros» y «héroe»: Lewin, Festinger, Schachter, Asch, Campbell y F. H. Allport para la PSP; Mead, Goffman, French, Homans y Bales para la PSS (Wilson y Schafer, 1978). Son las diferentes historias las que proporcionan y mantienen diferentes identidades. Por esta razón, aunque la regla sea que los manuales de psicología social se escriban desde la perspectiva psicológica o sociológica, una historiografía comprehensiva debería dar cuenta de todas las principales variantes de la psicología social y sus interrelaciones.

Una tercera variante de la psicología social, relativamente independiente de la PSP y la PSS (aunque de ésta en menor grado), es la psicología social analítica, tal y como se ha desarrollado dentro del marco psicoanalítico (véase Hall y Lindzey, 1968).

Los psicólogos reconocen en el establecimiento y mantenimiento de la identidad social un factor bien conocido de la formación de grupo; y en la presentación de la identidad, una técnica muy frecuente tal y como se deduce del estudio de las relaciones intergrupales (véase cap. 16). De ahí que no resulte sorprendente que la historiografía pueda concebirse como una «psicología social del pasado» (Watson, 1979).

Existe otra función estrechamente relacionada con esta de construcción de la historia, que tiene un carácter igualmente psicosocial: la *función justificadora*. Agassi (1963), Butterfield (1963) y otros han sostenido que relacionándonos historiográficamente a nosotros mismos y a nuestra investigación actual con los logros «clásicos», con las reputadas teorías del pasado o con los «grandes hombres», justificamos nuestro propio trabajo y posiblemente incrementamos nuestro prestigio científico. Conectar el presente con un pasado bien seleccionado otorga cierto «abolengo», cuya continuidad desde la obra de un antepasado «clásico» (padre fundador o similar) a nuestro trabajo investigador actual se interpreta como un progreso en la corriente principal, en el conocimiento acumulado (Graumann, 1987a).

Incluso una breve discusión de las diversas funciones de la historia de la disciplina revela que *podemos* aprender de la historia, siempre que no haya sido escrita exclusivamente en virtud de propósitos identificadores y justificadores, como ocurre generalmente en el caso de la historia «presentista». Una historia de la disciplina útil debe tener en consideración las discontinuidades, inconvenientes, fracasos y callejones sin salida, así como las continuidades, éxitos y progresos. No debe pretender unidad si lo que hay es pluralismo, como ocurre en la psicología social. Finalmente, como con cualquier fenómeno que podamos estudiar, necesitamos información sobre el contexto general. Para la historia disciplinar el contexto no es sólo el sistema de ciencias, sino también el sistema social, político y económico dentro de los que una disciplina específica se desarrolla. Ésta es la razón por la que la sociología de la ciencia se ha convertido en una parte esencial de la historiografía disciplinar (Harvey, 1965; Lепенies, 1977; Woodward, 1980).

La breve introducción a la historia de la psicología social que viene a continuación no puede satisfacer todas estas demandas metodológicas. Pero cualquiera que estudie la historia

de la ciencia debe tener algún conocimiento de los principios de construcción de la historia. Con esto pretendemos ayudar a una lectura crítica y a la reconsideración de lo que, después de todo, es la razón de ser del estudio de la historia de la psicología social.

El largo pasado del pensamiento psicosocial

Se ha convertido casi en una rutina referirse al desarrollo de lo que hoy en día denominamos psicología con una cita de Ebbinghaus (1908, p. 1): «La psicología tiene un largo pasado pero sólo una breve historia.» Los psicólogos sociales han aplicado repetidamente esta afirmación a su propia disciplina. Generalmente dejan que la «historia» comience en 1908 (o en los 1890), mientras que el «pasado» puede extenderse hasta Platón (427-347 a. de C.) y Aristóteles (384-322 a. de C.) o incluso hasta los presocráticos (del siglo VII al V a. de C.), dependiendo de cuál sea la filosofía de la sociedad y de la ciencia en la que confía primordialmente el historiógrafo y de la amplitud con que conciba a la psicología social. La decisión de hasta dónde debe extenderse el pasado o la historia de la psicología social y de a quién incluir depende de la concepción actual que el autor tenga de lo social y de lo psicológico.

Dado que no existe psicología social, ni en forma ni en contenido, antes de finales del siglo XIX, nuestro interés en su largo pasado es un interés por la historia del pensamiento social o filosofía social. Algunas de sus cuestiones centrales son:

1. Si las personas son concebidas como individuos, cada uno de los cuales es único, o son esencialmente idénticos a los demás.
2. Si la persona individual es considerada como un producto de la sociedad o, a la inversa, la sociedad es considerada como un producto y una función de los individuos que la componen.
3. Si la relación entre individuo y sociedad es un problema con sentido o es la expresión de una ideología oculta.
4. Si la «naturaleza» de los seres humanos es básicamente egoísta y necesita de las técnicas y procesos de educación, moralización o socialización para capacitar a las personas para convivir en grupos, comunidades y Estados, o si los seres humanos son sociales por «naturaleza» y son las buenas o malas influencias las que los hacen sociales o antisociales.
5. Si los hombres y mujeres son agentes libres y responsables o están determinados por fuerzas naturales y sociales.

Estas y otras cuestiones antropológicas han sido formuladas y contestadas en una variedad de formas por los filósofos a lo largo de los siglos. Las diferentes soluciones ofrecidas son todavía tópicos controvertidos en el pensamiento contemporáneo e, inevitablemente, se convierten en supuestos explícitos o implícitos de la teorización psicosocial. Primacía de lo individual sobre lo social, de la mente sobre la materia, de la naturaleza sobre la cultura, de las fuerzas racionales sobre las irracionales, o las posiciones inversas —apenas existe una teoría psicológica de gran escala que no responda, a su manera, a tales cuestiones—. Y es aquí donde el fundamento histórico del moderno pensamiento social es evidente y reconocido.

Este reconocimiento puede verse, por ejemplo, en el hecho de que las dos principales ramas de pensamiento social hayan sido denominadas platónica y aristotélica, respectivamente. Platón había enfatizado la primacía del Estado sobre el individuo, el cual, para convertirse en auténticamente social, tenía que ser educado bajo la responsabilidad de las autoridades. Para Aristóteles, en cambio, el ser humano es social por naturaleza, y se puede confiar

en que ésta permitirá a los individuos vivir juntos e ingresar en las relaciones personales, a partir de las cuales las familias, las tribus y en última instancia el Estado, se desarrollarán de forma natural. Esta diferencia de énfasis entre Platón y Aristóteles no debería exagerarse; sin embargo, ellos son los precursores de dos tradiciones de pensamiento social que, en los tiempos modernos, han sido distinguidos como *enfoque centrado en lo social* y *enfoque centrado en el individuo*. El primero enfatiza la función determinante de las estructuras sociales (sistemas, instituciones, grupos) sobre la experiencia y la conducta individual; el segundo, por el contrario, mantiene que los sistemas sociales se pueden explicar a partir de los procesos y funciones individuales.

En la historia del pensamiento social la concepción de la primacía de lo social ha tomado muchas formas. Para Hegel (1770-1831), el filósofo idealista alemán, el Estado es no sólo la forma fundamental de sociedad sino también la encarnación de la mente social (objetiva), de la cual las mentes individuales son activos participantes. Las ideas psicosociales posteriores acerca de una *mente grupal* (supraindividual) han sido derivadas de la concepción de Hegel. Para aquellos contemporáneos nuestros que consideran que la psicología social se centra demasiado exclusivamente en el individuo, la filosofía de la mente social constituye un modelo significativo (véase Markova, 1982, 1983). Críticos de Hegel, aunque siguiendo su énfasis, Marx (1818-1883) y Engels (1820-1895) desarrollaron una teoría de la historia y de la sociedad según la cual el nivel económico de desarrollo en una sociedad dada (con los modos predominantes de producción e intercambio), la división resultante de la sociedad en clases y la lucha entre estas clases, condiciona la vida social e individual: «No es la conciencia del hombre lo que determina su ser, sino al contrario, su ser social el que determina su conciencia» (Marx y Engels, 1962, vol. I, p. 363). Una psicología social moderna con base marxista ha sido desarrollada por Hiebsch y Vorwerg (1980). Si se desea comparar las perspectivas soviética y occidental en psicología social puede consultarse Strickland (1979).

Si bien en el largo pasado de la psicología social podemos encontrar otras teorías importantes de la primacía de lo social y de la sociedad sobre el individuo, debemos dirigir nuestra atención ahora a algunos ejemplos de la postura opuesta: los antecedentes filosóficos de una ciencia social centrada en el individuo. Dado que, hablando de forma general, la psicología —y con ella la psicología social— es el estudio de la conducta y de la experiencia individual, es de esperar importantes influencias de las diversas formas de *individualismo* sobre la psicología. Desafortunadamente, el término «individualismo» tiene demasiados significados como para resultar de utilidad sin que exista una clarificación conceptual (Lukes, 1973a). Una de estas clarificaciones, crucial para el psicólogo, es la noción de «individuo abstracto», según la cual los elementos psicológicos básicos humanos (ya sean denominados instintos, necesidades, deseos o carencias) «se suponen como dados, independientemente de un contexto social» (1973a, p. 73). Puesto que son invariables, el grupo, la sociedad en general, son una simple unión o el producto de tales «facultades» individuales. Una parte importante de este individualismo se desarrolló históricamente bajo los nombres de hedonismo y utilitarismo. El principio básico del *hedonismo* es el *principio del placer*, según el cual actuamos con la finalidad de asegurar y mantener el placer y evitar y reducir el dolor.

Desde Bentham (1748-1832), quien transformó teóricamente el principio del placer en el principio de utilidad, el *utilitarismo* —la doctrina que aboga por la búsqueda de la mayor y más diversa felicidad— entró en el pensamiento social para quedarse. Por encima de las muchas variaciones de la doctrina y de las diversas combinaciones de individualismo, utilitarismo y liberalismo existe una corriente que lleva directamente a la fundación de la psicología. Para la mayoría de las modernas teorías del condicionamiento y de la motivación, muchas de las cuales se han desarrollado como teorías psicosociales, las ideas fundamentales de

la satisfacción individual (reforzamiento, recompensa, beneficio; reducción de la tensión, de la disonancia, de la incertidumbre; etc.) son variaciones del principio del placer o del de utilidad.

Existen otros dos desarrollos intelectuales en el siglo XIX que contribuyeron significativamente a la moderna psicología social: la sociología y la teoría evolucionista. Como término y como programa, la *sociología* fue creada por Augusto Comte (1798-1857), quien también ha sido alabado y condenado como padre del *positivismo*. Para Comte (1853) el positivismo era un sistema filosófico que implicaba un modelo evolutivo de progreso del conocimiento humano, desde el teológico, pasando por el metafísico, hasta un estadio «positivo» del conocimiento científico, en el cual los fenómenos son considerados como reales y ciertos, y el conocimiento es la descripción de tales fenómenos y de su orden espacial y temporal sobre la base de las constancias y las variaciones. Concibió a la sociología como la ciencia culminante, que compararía las culturas según su diferente estadio de evolución social. Convencionalmente, sin embargo, se ha adjudicado a Emile Durkheim (1858-1917) el inicio de una tradición con continuación en sociología. Sostenía que los hechos sociales son independientes de, y exteriores a, la conciencia individual. De ahí que las «representaciones colectivas» de una sociedad determinada tengan una existencia propia. Aunque puedan haber surgido de las asociaciones de individuos, sus propiedades son diferentes de las que tienen las representaciones individuales, respecto a las que constituyen una especie de constricción (Durkheim, 1898). Mientras que la autonomía de lo social frente a lo individual hizo a Durkheim reclamar una «psicología colectiva» independiente de la psicología individual, la mayoría de las concepciones pioneras de la psicología social que surgieron alrededor de finales del siglo pasado estaban moduladas según una psicología del individuo. Sólo muy posteriormente el psicólogo social francés Moscovici (1961) recogió y revisó la teoría de Durkheim de las representaciones colectivas (véase Farr y Moscovici, 1984).

Finalmente, hacia el final de lo que hemos denominado el largo pasado, tiene lugar el impacto de la *teoría de la evolución*, una de las más poderosas, populares, e incluso intelectualmente controvertidas, innovaciones intelectuales del siglo XIX. La psicología se ha visto muy influida por su principal protagonista, Charles Darwin (1809-1882), así como por sus seguidores. La pionera contribución de Darwin a la psicología social puede encontrarse fundamentalmente en *The Descent of Man* (1871) y en el volumen hermano *The expression of the Emotions in Man and Animals* (1872, 1896). El hombre es un animal social que ha desarrollado la capacidad de adaptarse física, social y mentalmente a un medio cambiante, parte del cual es social, como por ejemplo la tribu o el grupo. De ahí que la expresión de las emociones tenga su función social en la comunicación inter e intraespecies. El filósofo británico y (anteriormente) sociólogo, Herbert Spencer (1820-1903) generalizó y popularizó la teoría evolutiva, principalmente en el campo social. Pero dado que combinó la teoría evolutiva con la doctrina del individualismo y una actitud de *laissez-faire* (dejemos a la evolución que siga su curso), historiadores de la psicología social como Karpf (1932) y Hearnshaw (1964) han argumentado que Spencer hizo poco por favorecer a la psicología social. Incluso la propia aportación de Darwin en el establecimiento de la psicología social ha sido ignorada durante largo tiempo (cf. Farr, 1980b), mientras que su ascendencia directa ha sido reclamada tanto por las explicaciones etológicas de la conducta social (véase Hinde, 1974; y cap. 2) como por los sociobiólogos (Wilson, 1975).

Los comienzos de la moderna psicología social

Hasta ahora, cuando hemos hablado del pasado de la psicología social lo hemos hecho para subrayar que las diversas posiciones, discutidas brevemente, no constituían psicologías sociales en el sentido moderno de la palabra. No obstante, hemos visto cómo algunas de las doctrinas a las que nos hemos referido han llevado a la teorización actual. El hecho de que en esta sección no hablemos todavía de la moderna psicología social, sino sólo de sus comienzos, se debe a la constatación de que los programas de investigación que se presentan se realizaron antes de que la psicología social se institucionalizara. Sin embargo, ya no se trata de filosofías sociales.

Seguidamente consideraremos sólo dos enfoques muy importantes para la psicología social:

1. La *Völkerpsychologie* de Moritz Lazarus (1824-1903), Hermann Steinthal (1823-1899) y Wilhelm Wundt (1832-1920).
2. La psicología de las masas de escritores franceses e italianos de finales del siglo XIX como Tarde (1843-1904) y LeBon (1841-1931).

VÖLKERPSYCHOLOGIE

No debemos albergar ilusiones con respecto a la posibilidad de encontrar una traducción exacta de dicho término en inglés (véase Danziger, 1893). Literalmente es una psicología de los pueblos; en la práctica es una psicología comparativa, histórico social y cultural. Pensamos que en un manual europeo puede dejarse el término original alemán *Völkerpsychologie*. En vez de una serie de definiciones daremos una introducción acerca de sus fundamentos.

Puesto que, de acuerdo con Karpf (1932), podemos hablar con toda propiedad de unos «antecedentes europeos» de la psicología social, resulta inevitable considerar varias tradiciones nacionales del pensamiento social, como por ejemplo las desarrolladas en Alemania, Francia e Inglaterra. La *Völkerpsychologie*, en ese caso, es la manifestación y el prototipo del pensamiento psicosocial alemán, preparado en el siglo XVIII, elaborado en el XIX y llevado a su final en el siglo XX. La referencia a Alemania enfatiza una nacionalidad particular, es decir, el desarrollo político, social y cultural como el contexto cambiante de la mente social e individual. En esta tradición la suposición clave era que la forma primaria de asociación humana es la comunidad cultural (*Gemeinschaft*), el *Volk*, en el cual transcurre la formación y educación (*Bildung*) de la personalidad individual. Para los filósofos y académicos como Herder, Hegel y Wilhelm von Humboldt, el lenguaje era el medio en el cual la comunidad modelaba a sus miembros individuales; éstos, a su vez, contribuyen activamente al lenguaje, que se concibe como un producto social (Markova, 1983). Mientras que hoy es a la «sociedad» abstracta a la que se considera como el contexto social de la experiencia, de la acción y de la interacción, para los académicos alemanes de los siglos XVIII y XIX lo era la comunidad nacional y cultural del *Volk*, cuya mente o espíritu (*Volksgeist*) se tomaba como la idea o principio mental unificador.

Tanto el *Volk* como el *Volksgeist* se convirtieron en los tópicos de la nueva disciplina cuando ésta fue institucionalizada en una revista profesional, la *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft* (1860), por M. Lazarus y H. Steinthal. Desde sus inicios no hubo duda de que la nueva disciplina estaba conectada con, a la vez que contribuía a, los esfuerzos políticos tendentes a la consecución de una nación-estado alemana (Eckhardt,

1971a). Surgieron muchas de las preguntas que se han planteado de forma permanente en psicología social, pero dado que el marco era nacional más que social estas preguntas fueron diferentes de aquellas que se formularon en la psicología de las masas francesa (véase más adelante).

Wilhelm Wundt ya consideró en 1863 a la *Völkerpsychologie* como el equivalente y complemento de la psicología experimental individual, y con modificaciones, revocaciones y confirmaciones, se mantuvo en esta posición hasta el año de su muerte en 1920 (Wundt, 1900-1920, 1921). Aunque fue un crítico importante de la concepción de Lazarus y Steinthal, resulta posible subrayar algunos problemas comunes que se mantuvieron (o deberían haberse mantenido) para la moderna psicología social. La cuestión central es, obviamente, la naturaleza de la relación individuo-comunidad, que implica numerosas cuestiones teóricas, conceptuales y metodológicas. No hubo dudas, sin embargo, acerca de la naturaleza intrínsecamente social del individuo; una psicología puramente individual y por consiguiente experimental es sólo la mitad de la psicología.

Una pregunta igualmente secular es si la psicología social, para ser auténticamente social, debe ser una disciplina histórica, como recientemente ha sido postulado de nuevo por Gergen (1973, 1985). Al menos la *Völkerpsychologie* fue un estudio histórico comparativo de los productos objetivos de la interacción social (o colectiva), tales como el lenguaje, el mito y la costumbre; fue una psicología cultural-social en la cual el estudio del lenguaje ocupó una posición central. Excepto en lo que concierne a los procesos más elementales, ninguna experiencia o actividad humana puede (ni debe) ser separada de su contexto sociocultural, descuidando la historia evolutiva del pensamiento en el lenguaje. Otra característica de la *Völkerpsychologie*, que apenas encontramos en la moderna psicología social, es el interés por la relación entre los individuos cuando actúan e interactúan y los productos de su (inter)acción —productos que, a su vez, afectan y enriquecen las mentes de los miembros individuales—. Estos productos «motivan a los individuos para realizar nuevas aportaciones específicas a la vida comunitaria» (Wundt, 1921, vol. I, pp. 20-21).

Desde una visión estrictamente presentista es fácil encontrar fallos en la *Völkerpsychologie* por sus deficiencias en la metodología e investigación empírica. Pero si intentamos una inversión imaginaria de perspectiva y miramos el campo de la psicología social que se hace en la actualidad, desde el punto de vista de Wundt, podremos reconocer también la amplitud con que el ámbito cultural del campo se ha reducido mientras que metodológicamente ha mejorado (véase Jaspars, 1983, 1986). Retrospectivamente, se obtiene la impresión de que, quizá no la idea global pero sí muchos de los principales tópicos de la *Völkerpsychologie*, fueron entregados a disciplinas vecinas, principalmente a la antropología y a la sociología, para ser redescubiertos sólo muy recientemente por psicólogos sociales europeos. Jaspars (1986, p. 12) suponía incluso «una vuelta a los primeros intentos científicos por estudiar la conducta social tal y como defendían Lazarus y Steinthal».

PSICOLOGÍA DE LAS MASAS

Los antecedentes intelectuales y científicos de la *psicología de las masas* son complejos. De una parte están las numerosas técnicas y concepciones en torno a la *sugestión*, como la tradición del hipnotismo (arte, técnica, doctrina y culto), esto es, la inducción de una condición parecida al sueño que somete a la persona, con ciertas limitaciones, a las sugerencias del hipnotizador. Anton Mesmer (1734-1815), quien tenía la capacidad de poner a las personas en trance, había pretendido controlar una fuerza animal universal («magnetismo») que

fortalecería e incrementaría la vida y la salud. La sugestión hipnótica, como más tarde se le denominó, iba dirigida hacia el nivel de conciencia más bajo del paciente, para hacer su mente más «primitiva». Uno de los ejes de la famosa controversia que mantuvieron las escuelas rivales francesas de Nancy y de la Salpêtrière de París fue si esta técnica era fundamentalmente diagnóstica o terapéutica. Pero también se convirtió en uno de los modelos más importantes de influencia social, del que se apropiaron los primeros psicólogos de las masas para explicar la supuesta irracionalidad, emocionalidad y «primitivismo» de las masas (véase Barrows, 1981; Paicheler, 1985).

El otro modelo médico, incluso más «patológico» en su origen y en su modalidad, fue tomado de la epidemiología. Paralelamente al contagio bacteriológico, que había adquirido por aquella época categoría científica gracias a la investigación de los «cazadores de microbios», como Louis Pasteur (1822-1895) y Robert Koch (1843-1910), se consideró como posible el *contagio mental* y apareció como una explicación de la propagación del afecto y de la «anomia» en las masas agitadas o amotinadas.² El contagio mental, un término clave en el influyente libro de LeBon, *Psicología de las Masas* (1895), aunque no original de él, fue interpretado más tarde como una «reacción circular» (Allport, 1924) e «interestimulación» (Blumer, 1946). De esta manera perdió teóricamente su carácter de «enfermedad infecciosa», pero el término «contagio» y su significado connotativo han sobrevivido (véase Milgram y Toch, 1969). Las distorsiones médicas de la imagen de la masa en el pensamiento del siglo XIX han sido documentadas excelentemente por Barrows (1981; véase también cap. 16).

La segunda raíz científica de la psicología de las masas fue la criminología. Lo que era un estado subconsciente y afectivo de la mente desde el punto de vista médico, en la perspectiva jurídica se convirtió en la *responsabilidad disminuida* del individuo sumergido en la masa o incluso en la «masa delincuente» (Sighele, 1891; Tarde, 1895). La suposición básica de este enfoque médico legal consiste de nuevo en que en la masa el individuo se hace más primitivo, más infantil, que cuando está solo, y por eso menos inteligente, menos guiado por la razón y en consecuencia menos responsable. Mientras que todas estas ideas habían aparecido ya en una serie de publicaciones francesas e italianas antes de 1895, LeBon las popularizó en su libro, un auténtico éxito de ventas, sin hacer mención a sus autores originales. Ésta fue la causa de que los posteriores estudiantes de la mente y de la conducta de las masas se refirieran a LeBon como el maestro de la psicología de las masas (por ejemplo, Freud, 1953; de forma crítica, Nye, 1975; Moscovici, 1981b).

Si reunimos ambas fuentes, la médica y la criminológica, tenemos esta concepción «latina» de la masa como a-normalidad, asociada tanto con la enfermedad como con el crimen, excepto en ocasiones en las que puedan existir circunstancias atenuantes. Si queremos comprender por qué la conducta colectiva y los elementos mentales correlacionados se concibieron como anómalos o «anómicos» es necesario mirar hacia el contexto social y político en que tales concepciones se desarrollaron; lo cual resulta evidente en los textos acerca de la psicología de las masas. Sucesión de revoluciones (en Francia, 1789, 1830, 1848, 1871); radicales cambios económicos y sociales debidos a la rápida industrialización y urbanización; levantamiento y «rebelión de las masas»; fuerza creciente de las organizaciones sindicales y del socialismo, con las huelgas y las manifestaciones de Mayo; corrupción y escándalos; derrota militar ocasionada por Prusia a Francia en 1871 y Comuna revolucionaria de París suprimida de forma sangrienta el mismo año; todos estos hechos, en su conjunto, constituyeron una amenaza para el orden político, social y moral establecido y principalmente para la burguesía.

2. La «anomia» es el término utilizado por Durkheim para describir aquella situación en que las normas sociales dominantes son cuestionadas, ignoradas o repudiadas.

Como Barrows ha argumentado convincentemente, había un sentimiento general de *decadencia* y de declive que necesitaba ser explicado. Las masas fueron «descubiertas» (Moscovici, 1981b) y temidas como causantes de la enfermedad general, y se requirió a la ciencia para que analizara en detalle la relación causal entre los fenómenos de masas y los demonios sociales. Una explicación criminológica, así como otra psiquiátrica o epidemiológica, encajan en la *Zeitgeist* dominante. A pesar de las controvertidas nociones de la «unidad mental de la masa» (LeBon, 1895) y de una especie de entidad denominada «mente de la masa», que persistieron a lo largo del siglo xx (por ejemplo, McDougall, 1920), consideramos importante señalar que una gran preocupación de la psicología de las masas latina fue el destino del individuo «normal», quien se convertía en «anormal» bajo las condiciones sociales de la masa. Mientras LeBon trataba de las pandillas y jurados, de las manifestaciones de masas y de los parlamentos, de las asociaciones religiosas así como políticas, incluyéndolos a todos bajo la categoría de «masas», en la actualidad otorgamos diferente tratamiento a las masas, movimientos sociales, audiencias e instituciones (por ejemplo, Milgram y Toch, 1969). Una distinción importante, sin embargo, ya había sido realizada por Tarde (1901) y Park (1972), y es la que existe entre masa y público. Mientras que la primera implica contacto físico y límites espaciales, el segundo, fundamentalmente debido a los modernos medios de comunicación (la prensa), trascienden la contigüidad espacial y se extiende como «opinión pública».

Como la *Völkerpsychologie*, la psicología de las masas no se desarrolló dentro del contexto de la psicología académica después de que McDougall (1920) hubiera invocado una vez más la «mente grupal». Pero, a diferencia de aquella, algunos de los principales tópicos de la psicología de las masas se incorporaron a la nueva psicología social después de que fueran individualizados y se hicieran, por tanto, asequibles al análisis experimental. Bajo el tópico de influencia social se reconoce la continuidad de aquello que una vez fue abordado como efectos de la sugestión, contagio e imitación (véase Moscovici, 1985b; Paicheler, 1985). Pero sólo recientemente los problemas claves de la mente y conducta de las masas han recibido un aire fresco y una reinterpretación por parte de Moscovici y otros (Moscovici, 1981b; véase Graumann y Moscovici, 1986).

La moderna psicología social

A la psicología social, tal y como la conocemos en la actualidad, puede fecharse su origen alrededor de finales de siglo. Los autores de manuales americanos prefieren fijar las fechas de los inicios en 1898, para el primer experimento en psicología social, y de 1908, para los dos primeros manuales. En realidad ambos «inicios» son erróneos; pero tampoco tiene mucho sentido reemplazarlos por otros «inicios». Al final del siglo xix no sólo existían la *Völkerpsychologie* y la psicología de masas. También existía el término «psicología social», aplicado a estudios que habían sido principalmente diseñados para abordar al individuo en sociedad, o una «psicología de la sociedad» (Lindner, 1871; véase Lück, 1987). Ya desde los primeros programas de psicología social nos encontramos con dos diferentes énfasis que, en resumidas cuentas, son los siguientes: 1) como *psicología* social la nueva disciplina tendría que tratar con el individuo y con procesos intraindividuales, de la misma manera que lo hace toda psicología (por ejemplo, McDougall, 1908; Simmel, 1908); 2) como psicología *social* debería focalizarse en el papel que el contexto (social estructural) desempeña sobre los procesos individuales (por ejemplo, Lindner, 1871; Durkheim, véase Lukes, 1973b; Ross, 1908). Aunque los libros de 1908 frecuentemente citados no fueron los primeros manuales de psicología social, pueden representar los dos énfasis diferentes. La obra de McDougall *Introduc-*

ción a la Psicología Social fue un libro (teórico) acerca de «las propensiones y capacidades innatas de la mente humana individual» (1908, p. 18), esto es, un enfoque individualista de la psicología social a través de una teoría de los instintos; en términos actuales, una teoría de la motivación (véase Farr, 1986). Ross, el sociólogo, en su obra *Psicología Social* trata sobre los «niveles y corrientes que existen entre los seres humanos como consecuencia de su asociación» (1908, p. 1). Su objeto de interés fueron las uniformidades resultantes de la influencia social fruto de la interacción, parcialmente en la tradición de la psicología de las masas, y en su mayor parte un «sincero homenaje al genio de Gabriel Tarde» (p. VIII). En su reflexión sobre la historia de la psicología social, Pepitone (1981, p. 974) está en lo cierto cuando establece que la «psicología social colectiva al estilo de la presentada por Ross permaneció en su mayor parte en la sociología», mientras que para la psicología y la psicología social desarrollada a partir de ésta «el individuo fue la única realidad».

LA PSICOLOGÍA SOCIAL EN AMÉRICA

Ya hemos visto que el individualismo psicosocial hundía sus raíces en determinadas filosofías sociales. Pero con el establecimiento de una disciplina (psicológica) de psicología social este individualismo adquirió una marca metodológica. Quizá la «emergencia de la psicología social como un área distintiva de investigación empírica... pueda verse... como una rebelión generacional en contra de los métodos teóricos de la filosofía social» (Cartwright, 1979, p. 83). Pero lo que ocurrió claramente fue que, en la visión y en el trabajo de F. H. Allport (1924), uno de los primeros psicólogos sociales americanos, la concepción individualista coincidía y se fundía con una orientación metodológica, el enfoque experimental-conductual. Para Allport, el primer psicólogo social en la tradición conductista, la psicología social se convertía en «la ciencia que estudia la conducta del individuo en la medida en que su conducta estimula a otros individuos o es en sí misma una reacción a esta conducta» (1924, p. 12). Sin embargo, mientras que «el punto de vista conductual» fue sólo una manera de concebir los hechos, el método experimental fue la manera de producirlos (p. VI). La combinación del enfoque individualista, «el punto de vista conductual», y el método experimental fue el medio para hacer de la psicología social una disciplina científicamente respetable; a este esfuerzo, de acuerdo con Cartwright (1979, p. 84), dedicó la psicología social las tres o cuatro primeras décadas de su existencia. Mientras que la mayor parte de este proceso ocurrió en América y puede remontarse históricamente al modelo de los primeros experimentos de F. H. Allport sobre facilitación social (véase cap. 14), hay que señalar que el propio Allport (1924) se apoyó fuertemente sobre el trabajo experimental de varios discípulos de Wundt (véase Graumann, 1986). Con respecto a esto, Pepitone (1981, p. 975) habla de «las raíces alemanas de la tradición experimental en psicología social». Las «raíces europeas» podrían incluso haber sido más precisas, puesto que el sobrecitado (erróneamente) ejemplo de Triplett, quien en 1898 publicó un experimento sobre el impacto de la co-acción de otras personas sobre la calidad y velocidad del funcionamiento de un individuo (lo que más tarde vino a llamarse «facilitación social»), no fue el único. Como Haines y Vaughan (1979) han mostrado, existen otros experimentos antes de 1898 que merecen ser llamados psicosociales, principalmente en el contexto de los estudios de Binet y Henri sobre la *sugestionabilidad* (por ejemplo, Binet y Henri, 1894), un tema que había sido tomado de la tradición sobre hipnosis antes mencionada.³ Históricamente, sin embargo, resulta menos interesante encontrar el au-

3. Haines y Vaughan (1979, p. 332) se preguntan incluso «si este experimento no inspiraría de alguna manera los famosos estudios de Solomon Asch sobre la conformidad» (véase cap. 15).

téntico primer experimento (una decisión que al fin y al cabo es arbitraria) que observar cómo los psicólogos sociales continúan intentando identificar su historia con el método experimental más que con cualquier otro método: un poderoso ejemplo de la función identificadora de la historiografía (véase el principio de este capítulo).

A pesar de las raíces europeas del experimentalismo, fue fundamentalmente en el clima social y científico de los Estados Unidos posterior a la primera guerra mundial donde, más que en cualquier otra parte, la psicología social se convirtió en una «ciencia del individuo» (Allport, 1924, p. 4). La implicación de esta limitación fue que la psicología social se apartó en gran medida del estudio de las cuestiones sociales (Katz, 1978, p. 780), aislando, al menos en sus prácticas investigadoras, a los sujetos de su contexto social hasta que en las crisis económicas y políticas, tales como la Gran Depresión y la segunda guerra mundial, la «urgencia de los problemas sociales arrolló a los puristas en sus laboratorios» (1978, p. 781), como veremos más adelante.

El principal logro en los años treinta y cuarenta fue el estudio, y sobre todo la medición, de las actitudes (véase cap. 7), una preocupación que siguió en los años cincuenta y sesenta, centrándose en las concepciones sobre el cambio de actitud (véase cap. 8). Para el historiador, las numerosas técnicas sobre la medición de las actitudes que se han desarrollado desde mediados de los años veinte son menos interesantes que la creciente certidumbre, confirmada por cada nueva técnica, de que las «actitudes pueden medirse» (Thurstone, 1928) y que su mensurabilidad, junto con una creciente sofisticación del método experimental, puede aumentar el estatus científico de la psicología social. En la actualidad, la preferencia por los diseños experimentales sobre los de campo y por la medición sobre la observación se ha institucionalizado en los currícula y en los criterios para publicación de artículos de investigación. Además, la búsqueda de financiación y la obtención de becas dependen, y no en grado despreciable, del nivel de sofisticación metodológica. Pero también lo que ha sido denominado como la «crisis» de la psicología social en los años setenta, en la cual se cuestionó desde muchos ángulos la significación social y relevancia de los principales trabajos de investigación, se atribuyó en gran medida a la soberanía de los métodos sobre los problemas (véase Buss, 1979; Israel y Tajfel, 1972).

Históricamente ha habido desviaciones de esta corriente principal metodológica siempre que la presión de los problemas sociales y políticos demandó la cooperación y el compromiso de los psicólogos sociales. Éste fue el caso de la fundación durante los años treinta de la Sociedad para el Estudio Psicológico de los Problemas Sociales. Volvió a ocurrir en los años cuarenta cuando bajo la impresión de la dominación y del terror nazi y fascista los psicólogos sociales en los países libres no sólo ayudaron a ganar la guerra sino que proyectaron un mundo mejor basado en sociedades democráticas. Uno de ellos fue Kurt Lewin (1890-1947), un judío berlinés refugiado, miembro del grupo de la Gestalt que influyó sobre la psicología social de diversas maneras, tanto directas como indirectas.

Lewin, totalmente consciente de lo que había ocurrido en Alemania y después en Europa, se convirtió en psicólogo social cuando aplicó su *teoría de campo* a los grupos (Lewin, 1948, 1951). Menos una teoría que una metodología general, este enfoque se centró en el principio de interdependencia, enfatizando la primacía del todo (la situación o el campo) sobre las partes y haciendo uso de métodos constructivos más que de métodos clasificatorios. Esta amplia metodología permitió a Lewin y a sus colaboradores realizar experimentos con grupos (como prototipos de «los campos de fuerzas»), así como trabajar también con grupos en la vida comunitaria cotidiana, con el fin de cambiar su conducta, moral, prejuicios, estilo de liderazgo, etc. —un enfoque que llegó a ser conocido como *investigación acción*—. La lista de sus colaboradores y estudiantes, desde sus años en la Estación para la Investigación sobre

el Bienestar del Niño en la Universidad de Iowa (1935-1944), hasta su propia fundación, el Centro de Investigación para la Dinámica de Grupos (primero en el MIT y ahora en Ann Arbor), es probablemente la más impresionante e influyente que jamás se haya asociado con un investigador después de Wundt (véase Marrow, 1969; Festinger, 1980). Aunque Lewin murió en 1947, fueron fundamentalmente lewinianos, como Cartwright, Deutsch, Festinger, French, Kelley, Schachter y Thibaut, quienes modelaron la psicología social en América, y consecuentemente en Europa, después de la segunda guerra mundial. Marx e Hillix (1979, p. 322) concluyen incluso que «apenas constituye una hipérbole describir a la psicología social americana como un desarrollo lewiniano». Si uno añade aquellos americanos que fueron influidos por otros emigrantes, no resulta una exageración resumir, como lo hizo Cartwright (1979, p. 85): «Uno no puede imaginar sin dificultad lo que el área sería hoy si gente como Lewin, Heider, Köhler, Wertheimer, Katona, Lazarsfeld y los Brunswiks no hubieran venido a los Estados Unidos cuando lo hicieron.» Es importante recordar esta transferencia forzada de hombres e ideas desde Europa hacia América cuando en los textos americanos uno lee repetidamente que la psicología social se ha convertido «en un producto ante todo americano» (p. 85) o «en su mayor parte en un fenómeno norteamericano» (Jones, 1985, p. 47). La verdad de tales afirmaciones reside en que después de la llegada de los emigrantes muchas ideas tuvieron que ser, y claramente lo fueron, transformadas en un proceso de adaptación al nuevo contexto social y científico (véase Ash, 1985; Graumann, 1976). Es igualmente cierto que Hitler había vaciado la mayor parte de Europa de cualquiera que estuviera, o de todo lo que hubiera, en la psicología social. En este vacío se vertió la «psicología americana» en los años posteriores a 1945; los emigrantes no retornaron.

Lo que realmente ocurrió en las décadas siguientes a la segunda guerra mundial en América, y secundariamente en Europa, fueron, además del sucesivo refinamiento metodológico, dos cambios teóricos: *desde la perspectiva conductual a la cognitiva y desde las teorías de rango más amplio a aquellas de rango más restringido*. Ambos desarrollos no se circunscriben a la psicología social sino que se aplican también a la psicología en general. Mientras que el enfoque conductual puede ser caracterizado, de forma general, como un desarrollo fundamentalmente americano (que debe sus conceptos claves a la psicología pavloviana), con frecuencia se ha dicho que el cambio o el movimiento hacia un enfoque cognitivo fue ocasionado, o al menos, facilitado, por la aparición de la psicología de la Gestalt en América. Es un dato histórico que el primer estudio sobre teoría cognitiva en un *Handbook of Social Psychology* (Scheerer, 1954) trató, efectivamente, sobre la teoría de la Gestalt. La situación había cambiado drásticamente cuando, catorce años más tarde, Zajonc (1986b, p. 391) sucedió a Scheerer en el *Handbook*, señalando «con asombro, cuán poco tenemos en común con la generación anterior de psicólogos sociales». Los procesos cognitivos pasaron a ser concebidos entonces fundamentalmente como la «dinámica subyacente a la conducta social» (p. 391). Desde entonces hasta ahora la situación ha cambiado de nuevo: la cognición tiene en la actualidad el significado de procesamiento de la información (en relación con el cambio de significado de la cognición —social—, consúltese Graumann, 1987b; Graumann y Sommer, 1984). Actualmente es de menor interés la conducta social (observable) que su representación cognitiva, que precede (planificando), acompaña (dirigiendo) y sigue (recordando) a la conducta (véase caps. 5, 6 y 7).

Junto a la transformación gradual del uso de la cognición social hemos podido presenciar una proliferación y disminución de las teorías psicosociales. A los ojos del historiador de la psicología una pauta parece repetirse. Así como en el apogeo del conductismo los tipos de aprendizaje proliferaron, es ahora el concepto de cognición el que parece engendrar numerosas miniteorías, las cuales tienden a expandirse sobre toda la psicología social.

LA PSICOLOGÍA SOCIAL EN EUROPA

La situación de la psicología social en Europa después de la segunda guerra mundial apenas puede comprenderse sin la dialéctica del intercambio transatlántico. De una parte tenemos la «naturalización» americana. En relación con la psicología en general, Koch (1985, p. 25) formuló la convincente argumentación de que cualquiera que fuese la contribución histórica europea —la psicología comparativa posdarwiniana británica, las concepciones pavlovianas rusas, la emigración de la Gestalt, el descubrimiento de Piaget, la fenomenología «incluso» y, naturalmente, la filosofía neopositivista del círculo de Viena— ésta fue con ansia recibida, digerida y transformada en algo americano, combinado de forma parcial con el conductismo indígena y totalmente individualista. La fuerza con que esto se realizó fue posible gracias a la temprana y masiva institucionalización. Koch, como otros antes que él, está convencido de que una atmósfera cultural que favorece el pragmatismo y el experimentalismo en todos los ámbitos de la vida, facilita el crecimiento de la psicología como una nueva ciencia «que parecía prometer predicción y control sobre los asuntos humanos» (Koch, 1985, p. 22). «Naturalizada» y fortalecida institucionalmente la psicología en los Estados Unidos, pronto superó en número y en importancia los esfuerzos realizados en otros países. La psicología se convirtió en un bien exportable a cualquier sitio donde hubiera demanda, y la demanda fue mayor en la Europa de la posguerra, aunque en grado diferente según las naciones y por razones distintas. Lo que más tarde fue críticamente denominado «americanización» de la psicología europea (por ejemplo, la alemana) (véase Cartwright, 1979, p. 85) fue originalmente la muy necesitada y con agradecimiento recibida reconstrucción y reinternacionalización de la ciencia con ayuda americana. Sin embargo, en la medida en que las ideas, los problemas y sus soluciones fueron recibidos y comunicados en una actitud no crítica, el término «americanización» estaba justificado. ¿Cuál era la situación de la psicología social en Europa antes de la guerra? Sin una institucionalización propia, sólo hubo investigadores individuales con algún interés en psicología social. Por ejemplo, en Inglaterra estuvo Bartlett, cuyo principal trabajo *Remembering* (1932) ha captado sólo recientemente el interés de los psicólogos sociales cognitivos. En Suiza estuvo Piaget, quien con sus numerosos volúmenes sobre el desarrollo infantil contribuyó a nuestra concepción actual de la socialización (véase cap. 3), principalmente por su interés en el desarrollo moral (Piaget, 1932). En Alemania estuvo Moede, cuya temprana psicología grupal experimental (Moede, 1920), ya había impresionado a Floyd Allport (1924), y también Hellpach, el fundador en 1921 del primer Instituto (de corta vida) de Psicología Social y el autor del primer manual sistemático alemán de psicología social. Sin embargo, ninguno de éstos ni de otros estudiosos europeos fue el fundador o el mediador de una tradición psicosocial; ni formaron una comunidad científica de psicólogos sociales. Después de 1933 Hitler contribuyó a su separación.

Ésta era la situación en Europa después de 1945. Incluso después de que los primeros centros de psicología social se hubieran establecido con ayuda americana, sus miembros eran «inconscientes de la existencia de los demás»; «las líneas de comunicación se tendían fundamentalmente entre cada centro y los Estados Unidos», como afirmaba la primera editorial del *European Journal of Social Psychology* en 1971. Fue este aislamiento uno de los motivos de la fundación de una asociación europea de psicólogos sociales en los años sesenta. Para la historia intelectual, sin embargo, hubo una motivación más profunda, constituida por la conciencia (de algunos psicólogos) de la creciente dependencia de la hegemonía americana en la definición del campo, de las teorías, de los métodos e incluso de la «crisis» de la psicología social.

Entre los primeros en articular esta inquietud y en buscar la identidad de la psicología

social en Europa se encuentran Tajfel y Moscovici, quienes, cada uno a su manera, abogaron por una psicología social distinta a aquella que se había establecido y desarrollado en América. Las críticas del último autor han defendido repetidamente que existe una relación entre el «carácter cultural» y el «individualismo autárquico» (Sampson, 1977, p. 769). En contraste, Tajfel y sus colaboradores han enfatizado la *dimensión social* (Tajfel, 1981, 1984) de la conducta individual y grupal, esto es, el grado en que nuestra experiencia y conducta están empotradas y modeladas por las propiedades de la cultura y la sociedad en que vivimos. La sociedad, sin embargo, «tiene su propia estructura, que no puede definirse partiendo de las características de los individuos» (Moscovici, 1972, p. 54). Además, «la psicología social *puede y debe* incluir entre sus preocupaciones teóricas y de investigación un interés directo por la relación entre el funcionamiento psicológico humano y los procesos y sucesos a gran escala que modelan este funcionamiento y son modelados por él» (Tajfel, 1981, p. 7). Quizá sea la diversidad de antecedentes culturales y sociales característicos de Europa lo que explique este mayor interés por el contexto social tanto de la conducta social como de su investigación psicológica. La preocupación por el contexto social es evidente, por ejemplo, en los propios estudios de Tajfel sobre los estereotipos, el prejuicio y la conducta intergrupal, y en los trabajos de Moscovici sobre *influencia social, minorías y representaciones sociales* (véase también Israel y Tajfel, 1972; Jaspars, 1986). Sin embargo, también forma parte de este panorama diverso el hecho de que muchos centros de investigación psicosocial en Europa no se hayan visto afectados por la demanda europea de identidad, estando todavía «siguiendo a distancia y con el debido retraso el sucesivo flujo y reflujo de la corriente dominante de la psicología social americana» (Tajfel, 1981, p. 6) y no puedan percibirse diferencias entre su teorización e investigación y aquella que se realiza en cualquier centro de Norteamérica. Sin embargo, independientemente de que haya un cambio general en la orientación de la psicología social de Europa o éste se restrinja a algunos de sus más prominentes protagonistas, como Jaspars (1986, p. 12) se pregunta, lo que sí podemos afirmar es que la «europeización» de la psicología social ha servido para generar una interacción más viva y frecuente entre los psicólogos. El foro más importante es la Asociación Europea de Psicología Social Experimental, con representación tanto en la Europa del Oeste como en la del Este, y los encuentros, la revista y las monografías patrocinadas por ella.⁴ Otros síntomas positivos son los primeros manuales europeos de psicología social, con autores procedentes de varios países europeos y de Norteamérica (Moscovici, 1973, 1984; Tajfel y Fraser, 1978).

Una cuestión que permanece abierta es si la «mayoría de edad» de la psicología social vendrá «trayendo a la sociedad dentro del laboratorio» (Jaspars, 1980, p. 426) o aventurándose en el campo de las fuerzas sociales externas al laboratorio. Sin embargo, dado que la psicología social, como hemos intentado mostrar, despegó con un enfoque y agenda mucho más amplio pero «ha ido estrechando su tarea para obtener aceptación científica mediante el empleo de los métodos experimentales» (Jaspars, 1986, p. 13), podría ser que ahora obtuviera aceptación como ciencia *social* volviéndose a dirigir a las cuestiones sociales reales.

Términos del glosario

Psicología de las masas
Mente grupal

Positivismo
Enfoque centrado en lo social

4. Otro apoyo importante lo constituye el Laboratorio Europeo de Psicología Social de la Maison des Sciences de l'Homme de París.

Hedonismo	Sociología
Individualismo	Sugestión
Enfoque centrado en el individuo	Utilitarismo
Contagio mental	Völkerpsychologie

Bibliografía

No existe una historia de la psicología social publicada que sea comprehensiva, esté actualizada y tenga un carácter crítico. Las siguientes son elecciones alternativas.

- Allport, G. W. (1968): «The historical background of modern social psychology», en G. Lindzey y E. Aronson (eds.), *Handbook of Social Psychology* (vol. 1), 2.^a ed., Reading, Mass.: Addison-Wesley, 1-80. Este capítulo apareció en la primera edición del *Handbook* en 1954, y también, aunque abreviado, en la tercera edición de 1985. A pesar de los errores y de otras deficiencias es la fuente citada con mayor frecuencia en relación con la historia de la psicología social. Esboza los antecedentes europeos de la moderna psicología social americana.
- Festinger, L. (ed.) (1980): *Retrospections on Social Psychology*, Nueva York: Oxford University Press. Escrito por tres generaciones de académicos del Centro para la Investigación sobre Dinámica de Grupos, fundado por Kurt Lewin, es una retrospectiva muy personal e históricamente limitada, pero fácil de leer, realizada por algunas de las figuras de la moderna psicología social americana.
- Jones, E. E. (1985): «Major developments in social psychology during the past four decades», en G. Lindzey y E. Aronson (eds.), *Handbook of Social Psychology* (vol. 1), 3.^a ed., Nueva York: Random House, 47-107. Como complemento necesario al capítulo de Allport, mencionado antes, este artículo investiga los recientes desarrollos de la psicología social en Norteamérica. Las referencias a la investigación en Europa son arbitrarias y nada frecuentes.
- Karpf, F. B. (1932): *American Social Psychology: its origins, development, and European background*, Nueva York: Macmillan. Es la más erudita y completa historia del pasado europeo de la moderna psicología social. Se recomienda a los lectores con un interés histórico. Una actualización hasta el año 1951 se publicó en 1952 como «American social psychology - 1951», *American Journal of Sociology*, 2, 187-93.
- Sahakian, W. S. (1982): *History and Systems of Social Psychology*, 2.^a ed., Washington: Hemisphere. Es la única historia comprehensiva de la psicología social publicada que revisa no sólo la corriente dominante sino también el enfoque psicoanalítico, la etología social y la sociobiología. Su valor historiográfico se ve fuertemente disminuido por los errores y simplificaciones.